

Retrato de Carmen bañada en cariño

Por Alfredo Bryce Echenique

Mi vida como escritor, o sea prácticamente toda mi vida, está muy ligada a la persona de Carmen Balcells, a quien en adelante llamaré CARMEN, de la misma manera en que, en los contratos que ella me entrega para firmar, cada uno de mis libros que se queda sin título desde la primera cláusula y pasa a llamarse en adelante LA OBRA, a secas. Imagínense ustedes: con el trabajo que a uno le cuesta encontrar un título que cree realmente excelente para una novela que cree realmente única. LA OBRA de CARMEN es todo lo que queda de uno, desde el primer round.

Aun así la quiero muchísimo y siempre quiero bañarla en cariño mientras discutimos un futuro contrato o cenamos y nos reímos muchísimo. Sin embargo, este cariño mío, el empapado, ha sido entre CARMEN y yo fuente de permanente conflicto, ya que CARMEN opina y ejerce que no se puede mezclar el cariño con los negocios, y yo que sí, que sí y que sí.

Más todavía que su editor, un escritor de suerte común y corriente encuentra siempre que su agente literario se parece tanto a la letra de aquel inmortal bolero llamado USTED, que termina confundiéndolo con cada una de sus palabras. Cito el bolero, para que se me entienda: "Usted es la culpable / de todas mis angustias / y todos mis quebrantos / Usted llenó mi vida / de dulces inquietudes / y amargos desencantos / Usted me desespera / me mata / me enloquece...". En esto nos parecemos, como dos gotas de agua, todos los escritores de suerte común y corriente. Y en cuanto a los escritores de exitazo, resulta que jamás han escuchado hablar de un bolero llamado USTED, sino de otro llamado NOBEL. Imagínense pues el ganado con el que tiene que lidiar CARMEN.

La conocí hace treinta años cumplidos y bañados en ese cariño mío, el empapado. Me recomendó, con generosidad, Mario Vargas Llosa. Me imagino que se trataba de mejorar en algo el destino total del autor peruano de una novela que en adelante se llamará LA OBRA. Y a la Agencia de CARMEN fui, y hasta hoy. Se dice rápido.

Pero resulta que no. Resulta, por ejemplo, que mi vida muy pronto se complicó tremendamente, porque yo vivía en París y andaba muy enfermo y mi médico de cabecera vivía en Barcelona y en el mismo edificio en que terminó instalando CARMEN su siempre creciente Agencia Literaria. Diagonal 580 fue la dirección que yo más urgentemente frecuenté mientras viví en París. Iba y venía en trenes tan tristes como mi vida entonces y que siempre llegaban a su destino de noche, a esas horas de la noche en que absolutamente todas las estaciones de tren son incurables. Y sólo tenía un deseo en la vida. Deseaba de todo corazón que, en un piso más de Diagonal 580, alguien abriera una buena editorial, para que todo lo que importaba en mi vida en París se concentrara en un solo edificio en Barcelona. CARMEN, el editor, el médico. Claro que nunca habría sabido por dónde empezar mi visita urgente a Diagonal 580...

Quince años más tarde me instalé en Barcelona, a una prudente distancia de Diagonal 580. Iba y venía de mi casa a pie y todo. Lleno de salud, lleno de confianza en la vida. Lleno de lo que realmente fueron los cuatro años felices que viví en esa ciudad inolvidable para mí. Y entonces CARMEN me confesaba, incluso mientras estábamos en su despacho, que yo era el único escritor que la hacía reír mientras negociaba. Aunque claro, inmediatamente reaccionaba, feroz, y en adelante me llamaba Bryce, en vez de Alfredo, y haciendo hincapié en las minúsculas. Así es nuestro cariño.

Por ejemplo. Un día fuimos a la casa linda del amigo médico, en Viladrau. Fuimos a pasar un fin de semana feliz y felices volvíamos a Barcelona y en el camino precioso CARMEN me estaba contando algunos proyectos que tenía. Uno de ellos era que acababan de cerrar Pertegaz, una elegante y clásica tienda de Diagonal 580, y que ella estaba pensando en alquilar o comprar el local, no sé, para instalar un piano bar donde sus escritores la pasaran bien. Le dije que la mayor parte de sus escritores beberían a cuenta de futuros derechos y que no escribirían más, además, y CARMEN me miró furiosa, porque la había pescado pensando en negocios con cariño, aunque con el atenuante de que era domingo.

Se vengó haciéndome feliz. La Navidad se acercaba y ella cada año por esas fechas llena a sus escritores de unos deliciosos turronecillos. Y me tuvo de repartidor por cuanta calle hay en Barcelona con escritor incluido. Toda una tarde y hasta la noche anduvimos, ella al volante de su hermoso automóvil y yo al timbre de casas y edificios, turrón y turrón. Pero conversa y conversa, también. Una maravilla es ser repartidor en determinadas circunstancias. Y al final le sobraron tres turronecillos y me dijo bueno, quédatelos, pues; de todos modos tenía que haber uno para Bryce.

Me vengué con un final feliz. Un día me vio partir a Biarritz en un avión pero resulta que el avión llegó sin mí a Biarritz. Aterrada y bañada en cariño, CARMEN envió dos GEOS a que echaran abajo la puerta de mi casa. Estaba vivo y la explicación era tan complicada como hilarante.

Otros escritores se jactan de haber visto llorar a CARMEN. Yo me jacto sólo de esto.